

José Antonio Mínguez Morales

## LAS PRODUCCIONES DE PAREDES FINAS DEL VALLE MEDIO DEL EBRO (ESPAÑA)

La primera referencia a la producción de vasos para beber de paredes finas en el entorno del valle medio del Ebro data del año 1967 (ATRIÁN 1967). Se trató de un hallazgo casual efectuado en 1966 en la localidad de Rubielos de Mora (Teruel) (fig. 1,1), situada al otro lado de una de las sierras cercanas al valle del Ebro, geográficamente ya fuera de su cuenca. Aparecieron, al realizar unas obras de construcción junto a un convento, evidencias de un alfar que lamentablemente fueron destruidas antes de que se pudiese realizar una excavación arqueológica, con lo cual se perdieron las estructuras inmuebles y todo el contexto estratigráfico. El Museo de Teruel pudo intervenir de una manera muy limitada, ya que sólo se pudieron recuperar los materiales muebles, o solo parte de ellos, que se depositaron en esa Institución (ATRIÁN 1967; PEÑIL ET AL. 1985–1986). Todavía la dirección del Museo pudo ver algunos restos constructivos que permanecían en su ubicación original, antes de ser definitivamente arrasados. Se reducían tan sólo a un muro y a un canalillo de piedra, el resto ya había desaparecido. La presencia entre los elementos recuperados, además de *tegulae*, de dovelas de un arco de piedra y restos de otro de mortero, de una posible rejilla de horno en cerámica y – entre los materiales recuperados por la entonces directora del Museo, Purificación Atrián – de paquetes (literalmente nos dice «terrones») de barro en los que se integraban grandes cantidades de fragmentos de vasos, muchos de los cuales presentaban fallos de cocción, llevaron a determinar la existencia de un horno para la fabricación de cerámica. Posteriormente A. Álvarez y J. L. Cebolla en trabajos de prospección, localizaron nuevos materiales cerámicos en las afueras del pueblo, ya en zona de labor. Estas últimas evidencias parecen indicarnos la existencia de un vertedero que estaría vinculado a este mismo horno, o a otro ubicado en sus inmediaciones.

A tenor de los hallazgos realizados por Atrián, parece que en el taller situado junto al convento de las madres Agustinas de Rubielos de Mora se fabricaron cerámicas comunes, pero sobre todo «paredes finas» que aparecieron en gran número. La forma producida (ATRIÁN ET AL. 1980, 208–209) es fundamentalmente la Mayet 34 o «cáscara de huevo» (MÍNGUEZ 2005 fig. 19). Sus paredes son muy delgadas, fabricadas con una pasta bien depurada, ligeramente jabonosa, de color siena rosado. Van revestidas con engobes de color crema que se aplican muy diluidos sobre la base del vaso de color gris, dejándola traslucir. En menor pro-

porción se encuentran engobes de tono anaranjado. En ocasiones las piezas presentan impregnación arenosa, lo que quizá nos sitúe no ya en la forma 34, sino más bien en la 37, aunque éste es un extremo por comprobar.

Ante la -ya aludida- pérdida de la estratigrafía, el lugar fue datado por Atrián en el siglo I de la Era, sin mayores precisiones. Se trataría, en cualquier caso, de un pequeño taller cuya difusión además de a su entorno debió hacerse hacia Levante, habida cuenta que el área geográfica del Maestrazgo turolense, en la que se localiza Rubielos de Mora, socioeconómicamente ha basculado, entonces como hoy, más hacia la zona valenciana que hacia el valle del Ebro. Lo mismo sucede con la *terra sigillata* hispánica del taller de Bronchales (Teruel), por poner otro ejemplo.

Carmen Aranegui, retomando una posibilidad ya expuesta primero por HAYES (1972, 9) y luego por MAYET (1975, 167–169), analiza un conocido texto de PLINIO (Nat. Hist. 35,160–161) en el que habla de producciones cerámicas famosas en su época (década de los 70 del siglo I de la Era) citando entre ellas a las de Sagunto, inclinándose por que este autor latino se refiera «al conjunto de copitas de paredes finas de la Tarraconense» (ARANEGUI 2004, 221). La referencia a Sagunto no sería en tanto que centro productor, sino como lugar de recepción y puerto de exportación. Si aludo aquí a esta posibilidad es porque la salida natural de estas paredes finas de Rubielos es precisamente la dirección hacia Sagunto. Por lo cual, de aceptar esta hipótesis interpretativa del texto pliniano, estas cáscaras de huevo entrarían dentro de ese conjunto de cerámicas al que la historiografía cita con el término de «barros saguntinos».

La existencia de este taller, por sí sólo, desmonta por completo la teoría de Mayet acerca de las «cáscaras de huevo», a las que consideraba por el alarde técnico que suponen fruto de un único taller e incluso de una única generación de alfareros. No es mi deseo que se interprete este comentario como una crítica al trabajo de esta autora francesa, pues qué le pasara inadvertida la publicación de Atrián no es raro si consideramos que había quedado «enterrada» en una revista local y de temática no específicamente arqueológica. Pero, que se abra la posibilidad de una multiplicidad de alfares productores de la forma 34 si que es interesante en el caso del valle medio del Ebro, ya que a esta zona –como acabamos de decir, no llegan las «cáscaras de huevo de Rubielos de Mora, pero tampoco aparecen prácticamente representados en general productos que se puedan atribuir con clari-

dad a la Bética. Sin embargo, en los yacimientos del Valle si que aparecen frecuentemente ejemplares de la forma Mayet 34, que – rota esa propuesta de exclusividad bética – podemos atribuir a la actividad de algún gran alfar de ámbito regional cuya ubicación todavía nos es desconocida.

En 1984 comenzó a darse a conocer la producción de un taller localizado en la ciudad de **Tarazona (Zaragoza)** (fig. 1,2), el antiguo *municipium Turiaso*. Esta alfarería se encontró en 1982 al efectuar el Ayuntamiento de la ciudad unas obras en la calle Caracol. Se exhumaron los restos de un testar. Aunque lamentablemente no se pudieron efectuar excavaciones sistemáticas, según todos los indicios todavía pueden quedar otros restos bajo la citada calle y en el solar de algún inmueble vecino, lo cual deja abierta la esperanza a que algún día podamos tener un conocimiento más preciso del lugar. En cualquier caso, por el momento, no se ha podido confirmar si realmente nos encontramos ante el depósito del alfar, que en este caso se encontraría en las cercanías, o si bien nos hallamos ante el traslado de un testar que pudo ubicarse en otro punto, para aterrizar esta zona de la ciudad (AGUAROD/AMARÉ 1987).

De todos modos, sabemos que aquí se produjeron lucernas (AMARÉ ET AL. 1983). Cerámicas pintadas en blanco o negro con motivos geométricos de tradición celtibérica (AMARÉ 1984, 129–132 lám. 11,28; AMARÉ/AGUAROD 1987, 99; AGUAROD/AMARÉ 1987, 844) sobre formas de botellas, jarras y pequeños cuencos morfológica y funcionalmente relacionables con las paredes finas (concretamente se han buscado paralelos con las formas Marabini 64 y 42). Engobadas, con formas de botellas, jarras, cuencos grandes y pequeños y la cantimplora Hermet 13 con decoración a molde. Comunes: jarras, botellas, moteros, lebrillos, grandes cuencos con asas aplicadas y una copa cuya forma deriva de las copas celtibéricas con pie alto torneado. Y, vasos de «paredes finas».

Entre éstas últimas (MÍNGUEZ 2005 fig. 19), las formas más frecuentes corresponden a vasos lisos que quedan clasificados dentro de tres formas. La I (equivalente al tipo Unzu 3) es un cuenco, con el cuerpo dividido en una parte inferior troncocónica y la superior cilíndrica, morfológicamente entroncable con la tradición celtibérica y que también se produce en la zona de La Rioja y Navarra. También lisas son las formas 2 (Unzu 7) y 3 (Unzu 8): son dos jarras de cuerpo bitroncocónico con dos asas, la primera con cuello de tendencia cilíndrica y la segunda con cuello troncocónico y labio muy desarrollado (AGUAROD 1984a, 38–53). Respecto a estas dos últimas formas – y sirvan estas líneas también para otros casos de jarras pequeñas para beber que citaremos al hablar de otros talleres –, se nos plantea la duda sobre si debemos considerarlas dentro de las paredes finas o no. Yo mismo, aunque en un principio incluí a un tipo similar (forma 84/1, 4933) entre las paredes finas de los conjuntos de la llamada «Insula de las Ánforas» de *Celsa* (Velilla de Ebro, Zaragoza) (MÍNGUEZ 1988; ID. 1990a) y de *Jaca* (MÍNGUEZ 1990b), luego no la he considerado en posteriores publicaciones referidas a paredes finas, prefiriendo incluir a ésta y a otras jarras de parecida morfología dentro del grupo de las cerámicas engobadas (MÍNGUEZ 1995; AGUAROD/MÍNGUEZ 1998). No deseo extenderme más en este asunto

que requiere de una reflexión más reposada, argumentada y extensa de lo que cabe en éstas líneas; simplemente deseo por el momento, y como acabo de decir, expresar esta duda que todavía no he sabido resolver, por lo que no me atrevo a decantarme en uno u otro sentido.

En menor proporción aparecen formas decoradas como la Mayet 38 (AMARÉ 1984, 134). Otros ejemplares presentan a nuestro juicio problemas de clasificación, nos referimos a un único ejemplar encuadrado (AMARÉ 1984, 135 lám. 12,7) entre las formas Mayet 25 o 26 y otros escasos fragmentos (tan sólo seis) cuya forma hace dudar a Amaré (AMARÉ 1984, 134–135) entre los tipos Mayet 40 o 45. Personalmente creemos que dado el escaso número de estos ejemplares dentro del total de fragmentos recuperados del alfar, no los hacen en absoluto representativos y además no permiten restituir el perfil completo de ninguno de los vasos. Por todo ello, no creo que me merezca la pena especular, en estas líneas sobre la posible clasificación de tales ejemplares. En cualquier caso, cuando menos, si que quiero precisar que tanto para la forma Mayet 25 como para la 26 resulta muy improbable su fabricación durante la cronología que se atribuye a la producción turiasonense, ya extremadamente avanzada para esos tipos.

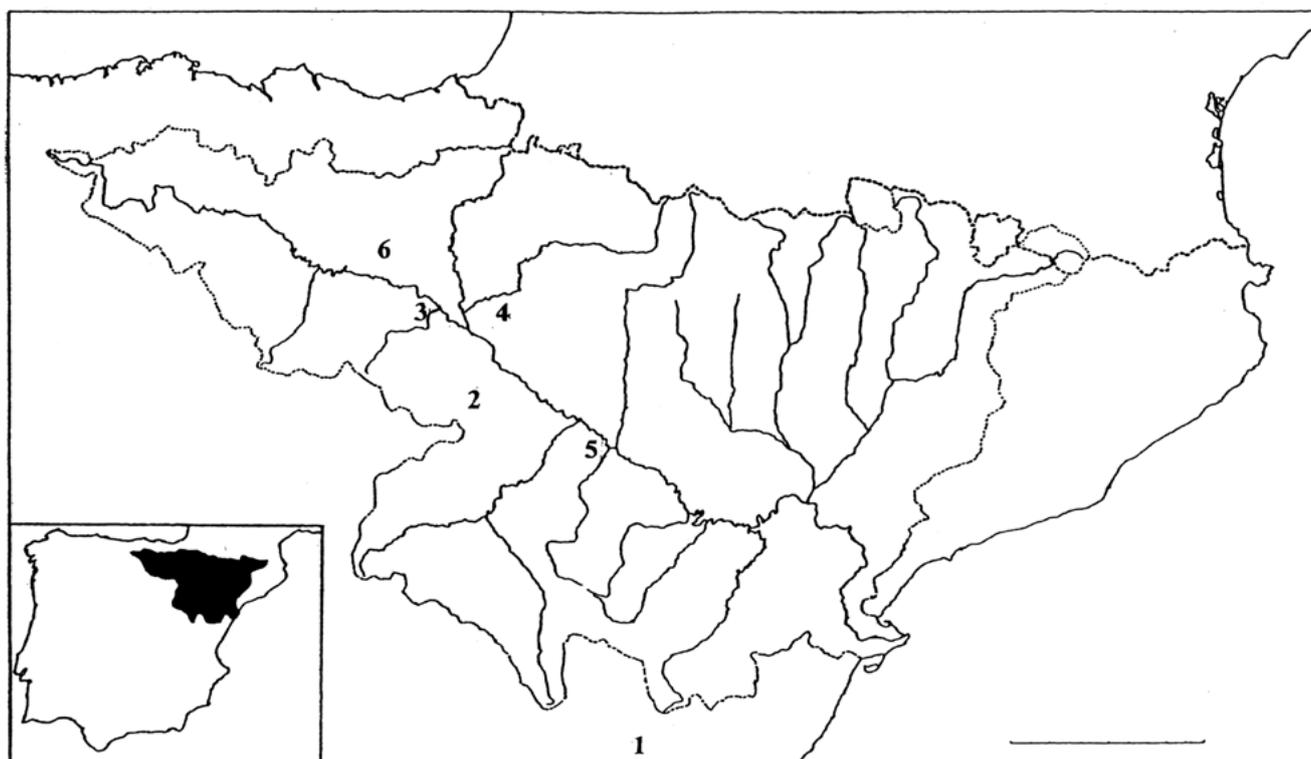
Entre las decoraciones asociadas (AMARÉ 1984) son habituales los motivos conseguidos mediante técnica incisa burilada y los ejecutados a la barbotina, en éste caso encontraremos perlitas y mamelones, bastoncillos curvos y hojas lanceoladas o lengüetas. AMARÉ (1984, 135) nos habla de hojas de agua; pero no las hemos visto recogidas en la parte gráfica de las publicaciones del alfar, por lo que no podemos opinar.

Las características técnicas de la producción (AGUAROD/AMARÉ 1987) muestran unas pastas depuradas con desgrasante apenas destacado, observándose puntos brillantes de cristales de cuarzo y fragmentos aislados blancos de calizas, así como otros puntos de color gris claro, rojo y marrón. La fractura es recta. Los análisis petrográficos indican que la arcilla empleada es no micácea, perteneciente al Mioceno, y perfectamente compatible con la litología de los materiales lutíticos de este periodo de la región de Tarazona.

Los engobes utilizados presentan distintas calidades, yendo desde un buen grado de depuración a otros en los que se observan piedrecitas y grumos. En cuanto al color, éste puede ser: negro, gris, marrón oscuro, naranja o rojo, también pueden presentarse veteados o flameados entre el marrón oscuro y el negro, y entre el rojo y el anaranjado. Hay matices de tono que van desde los reflejos metálicos a los tonos mate, que son los predominantes.

«La dispersión de los productos, pendiente todavía de un detallado estudio de otros conjuntos, es local centrándose en los territorios adyacentes del valle medio del Ebro y la cuenca alta del Duero» (AGUAROD/AMARÉ 1987, 847).

La datación puede situarse en la segunda mitad del siglo primero de la Era, según se deriva de la cronología que nos ofrece la morfología de las paredes finas y las lucernas, la imitación de Hermet 13 en engobada y la *terra sigillata* (tan sólo cuatro fragmentos de hispánica; AMARÉ 1984, 136; 139 lám. 13) encontrada en el depósito. No se descarta la posi-



**Fig. 1.** Talleres de fabricación de «paredes finas» en el valle medio del Ebro y área limítrofe: 1. Rubielos de Mora (Teruel), 2. Tarazona (Zaragoza), 3. «La Maja» (Pradejón-Calahorra, La Rioja) y taller calagurritano indeterminado, 4. «El Coscojal» (Traibuenas, Navarra), 5. Zaragoza, 6. «Quilinta» (Viana, Navarra).

bilidad de unos inicios en la primera mitad de la centuria, que por el momento no pueden precisarse (AGUAROD/AMARÉ 1987).

Finalmente un dato interesante es el hallazgo en las proximidades de Tarazona de un vaso engobado que imita la forma Dragendorff 27, previsiblemente fabricado en este mismo alfar, con el sello *Albanus*. AGUAROD (1984, 98–100) y AGUAROD/AMARÉ (1987, 847) lo leen incorrectamente como *Abanus*, sin percatarse de que la A presenta una ligadura que conforma la secuencia AL; esto no es banal ya que *Albanus* es un nombre plenamente latino, mientras que *Abanus* nos estaría hablando de un alfarero de onomástica indígena latinizada. En cualquier caso, es un dato importante pues nos da a conocer el nombre de un personaje vinculado al ciclo productivo del alfar, bien sea el *offinator* o el propietario, resultando más raro que se trate del ceramista encargado de ejecutar los vasos, ya que no estamos ante una producción a molde (los moldes empleados para los ejemplares engobados de forma Hermet 13 pudieron obtenerse por sobremolde, a juzgar por la decoración posiblemente de originales sudgálicos) de calidad en la que podría haber que apareciese la firma del artesano.

También en 1984 se dieron a conocer (AGUAROD 1984b) unos vasos procedentes del **área del antiguo municipio calagurritano (Calahorra, La Rioja) (fig. 1,3)**. Por lo que a las «paredes finas» atañe aparecen las formas Unzu 3 y 8 (UNZU 1979). Sobre uno de los ejemplares del tipo Unzu 3 se desarrolla una decoración a la barbotina a base de hojas de lirio y de una línea de perlititas que recorre la zona próxi-

ma al borde. Esta decoración tiene la particularidad de estar realizada en barbotina blanca, lo que contrasta fuertemente con el engobe de tono rojizo con matices que van del marrónáceo en la parte exterior superior, al anaranjado en la parte inferior de la superficie exterior de la pieza.

Desconocemos si parte del conjunto estudiado por Aguarod (MÍNGUEZ 2005 fig. 18) puede proceder del taller de La Maja – que comentaré a continuación –, pero cuando menos por lo que respecta al vaso con decoración en barbotina blanca cabe plantearse la hipótesis de una fabricación independiente al referido centro. Hasta el momento han aparecido algunos escasos fragmentos en las excavaciones de ese alfar, citados por R. A. LUEZAS (1995, 161). Esta autora se inclina por atribuirles ese origen, pues aunque en principio puntualiza «que únicamente un análisis comparativo de las respectivas pastas cerámicas de los ejemplares en cuestión nos los confirmaría» (LUEZAS 1995, 161), luego acaba diciendo que «es evidente que el conjunto de los vasos estudiados por M<sup>a</sup> C. Aguarod procedentes del área del municipio calagurritano son atribuibles al taller de La Maja» (LUEZAS 1995, 177). Por nuestra parte, creemos que la aparición de unos pocos ejemplares no es motivo para suponer que fuesen ahí producidos, sobre todo si tenemos en cuenta que ya son muchas las campañas de excavación en La Maja y que en los informes publicados puntualmente por su excavador, el profesor González Blanco, y su equipo, no parece que quede claro que se fabricasen en el lugar vasos con esas características ornamentales. Por ello, creo que es mejor seguir pensando en la posibilidad de su fabricación en otro

taller. En cualquier caso, también pienso que puede mantenerse la atribución geográfica en un sentido amplio, ya que es un tipo que morfológicamente entronca con la tradición celtibérica de esa zona del valle del Ebro, que hoy ocupa parte de las comunidades autónomas de La Rioja, Navarra y Aragón. Hasta ahora a la forma Unzu 3, con esa decoración, se le conoce una escasa difusión que alcanza a yacimientos como *Caesaraugusta* (Zaragoza) y *Celsa* (Velilla de Ebro, Zaragoza), ya en territorio aragonés del Valle. A estos datos cabe sumar el hallazgo de este recurso decorativo, en este caso a base de perlitas y mamelones, sobre la forma Mayet 38B en *Bilbilis* (Huérmeda-Calatayud, Zaragoza) (MÍNGUEZ 2004 fig. 4,5); además de por el uso de barbotina blanca, por las características del engobe y pasta cabe suponerle un origen común con los vasos referenciados.

En ese mismo año de 1984, se planteó también la posibilidad de que en la antigua *Calagurris* (Calahorra, La Rioja) se fabricasen vasos de paredes finas con decoración a molde (BELTRÁN 1984), hecho que posteriormente se confirmaría con el descubrimiento del alfar de «La Maja» (Pradejón-Calahorra, La Rioja) (fig. 1,3).

La Maja se ha convertido en el lugar de producción de cerámicas no sigillatas, más excavado y que mejores resultados ha dado tanto por sus materiales muebles como por la entidad de sus estructuras de producción: hornos, urbanización del espacio alfarero, etc., de toda la cuenca del Ebro. Una síntesis más amplia y detallada que la presente, así como una recopilación bibliográfica completa, puede verse en: MÍNGUEZ 2008.

Sus producciones fueron variadas: «cerámica común», tanto vasijas destinadas a la mesa: cuencos pequeños, platos, como a la elaboración de alimentos: se diferencian dos formas de morteros, una de ellas derivada de la Dramont D-2, en un ejemplar con el sello Norban[us], y al almacenaje: jarras, jarras-anforas, botellas, cuencos grandes, tapaderas pequeñas y de *dolia*; y otras formas destinadas a otros usos: lebrillos. «Cerámicas engobadas», en cuyo repertorio se incluyen formas lisas (cuencos, ollas, botellas y jarras) y decoradas a molde imitando formas de la *terra sigillata*: Dragendoff 29 y Dragendorff 30 y jarrita cuya morfología presenta similitudes con la forma hispánica I. Materiales de construcción: *tegulae* (una de ellas con un grafito, de difícil lectura, en letra cursiva que parece recoger una anotación sobre un encargo o de una contabilidad del alfar, *imbrices*, ladrillos y tubos cerámicos. A todo ello hay que sumar la fabricación de vidrio y una posible producción de ánforas del tipo Dressel 28.

También se fabrican «paredes finas» lisas, la forma más frecuente es la Unzu 3, seguida por la Unzu 8. También parece que se fabricó la forma Mayet 45 con decoración de bastoncillos o baquetones verticales a la barbotina.

Pero lo más destacado de las producciones del alfar son las cerámicas de paredes finas con decoración a molde (MÍNGUEZ 2008). En la mayoría de las ocasiones son cuencos generalmente de perfil fuertemente carenado y, en menor medida, redondeado. Apoyan en un pequeño pie y quedan rematados por un labio marcado. Se decoran con motivos a molde en la pared externa y, generalmente, impregnación arenosa en la superficie interna. Se trata de ejem-

plares de extraordinaria calidad, en los que se desarrollan, motivos geométricos (tiras verticales de rombos encadenados, puntillados), estilizaciones (baquetones, rosetas, estrellas) figuraciones vegetales (hojas y frutos de encina, hojas y frutos de vid, higos), animales (insectos, caracoles, peces, ciervos, conejos, liebre, zorros, jabalí, perros, cabras, etc.), signos del zodiaco, humanas (combates gladiatorios, carreras circenses y escenas eróticas), mitológicas (Pan tocando la siringa, Ceres, ¿deidades báquicas?, Diana y Acteón) a las que cabe unir escenas de la vida cotidiana como una cacería en la que se representa – según dice la leyenda – el propio alfarero: Gaius Valerius Verdullus, o un vaso en el que aparecen productos agropecuarios bajo cada uno de los cuales figura el nombre de un mes, en alusión a productos característicos del ciclo anual. A ellos cabe añadir motivos variados que sirven para separar o para complementar las escenas, como pueden ser: guirnaldas puntilladas y vegetales, representaciones de árboles y arbustos aislados o conformando un cierto paisaje, arquitecturas (en los vasos circenses), lechos (en vaso erótico) y objetos diversos.

A esta forma hay que añadir un vaso alto, del que contamos con escasa representación (sólo dos ejemplares). En esta ocasión se trata un cubilete de cuerpo ovoide, morfológicamente próximo a la Mayet 36.

Muchos de los vasos de «La Maja» ostentan leyendas epigráficas, en ocasiones de difícil lectura dado lo fragmentario de los ejemplares, alusivas a dichas representaciones. Bien sea aportando detalles explicativos de las mismas o incluso fechando el acontecimiento concreto que representan (caso de algunos de los vasos con representación de carreras de carros). En este campo vamos a encontrar una gran diversidad. Cabe destacar los rótulos que acompañan a los vasos con representaciones circenses, de *munera*, al de los signos del zodiaco, a otro con el mito de Diana y Acteón, al erótico-pornográfico..., etc. También hay que señalar que en bastantes vasos figura la firma de la persona que hizo el molde (aparece la referencia *pingit*, literalmente: dibujó), que aparece con sus *tria nomina* y en alguna ocasión con su *origo*, como ocurre – por ejemplo – en un vaso de Varea: G(aius) Val(erius). Ver[dul]lus Cal[agorritanus]. Lo restituimos *Calagorritanus* y no *Calagurritanus*, ya que Calagorri era como llamaban a la ciudad sus habitantes (VELAZA 1998).

Puede afirmarse que nos encontramos ante el repertorio iconográfico y epigráfico más rico y variado dentro del mundo de las paredes finas, y no sólo de las peninsulares.

Los vasos con decoración a molde se caracterizaron arqueométricamente mediante el análisis, por absorción atómica, de uno de los ejemplares hallados en la *colonia Celsa* (Velilla de Ebro, Zaragoza) (MÍNGUEZ 1989, 182; ID. 1998, 342), obteniéndose los siguientes resultados: Ti: 0,4961; O<sub>x</sub>Ti: 0,8274. Mn: 0,1024; O<sub>x</sub>Mn: 0,1322. Mg: 2,1654; O<sub>x</sub>Mg: 3,5910. Fe: 4,7244; O<sub>x</sub>Fe: 6,7545. Ca: 7,1850; O<sub>x</sub>Ca: 10,0533. Al: 11,4075; O<sub>x</sub>Al: 215544.

Para aproximarnos a la cronología de las producciones de paredes finas a molde (no necesariamente coincidente por completo con la del taller en su conjunto) contamos con algunos datos, en este caso aportados por ejemplares encontrados en estratigrafía: Badalona, Tarragona, Varea y

*Celsa*. Todos ellos proceden de contextos que oscilan desde a partir de mediados del siglo I d.C. (Badalona) a finales de Nerón-comienzos de los Flavios (Tarragona y Varea), pasando por estratos de primera parte del periodo neroniano (*Celsa*). Todo conduce a pensar que, con los datos de los que por el momento se dispone, hay que ubicar cronológicamente el comienzo de la fabricación de estos vasos a molde como mínimo hacia el entorno de los años centrales de la primera centuria. Pudo prolongarse a lo largo de toda la época neroniana e incluso hasta inicios de Vespasiano, aunque dada la calidad de estos productos su fecha de amortización pudo ser relativamente larga, por lo que es difícil determinar el momento más o menos exacto del cese de su fabricación. En cualquier caso habrá que esperar a nuevos hallazgos, y sobre todo a la publicación exhaustiva de la secuencia aportada por el propio taller de La Maja, para poder precisar ese momento.

La difusión de los ejemplares es muy amplia. Abarca todo el territorio del valle del Ebro, pero también encontramos vasos en lugares fuera de la cuenca del Ebro, como en *Tarraco*, *Baetulo* (Badalona, Barcelona) y en Herrera de Pisuerga (Palencia).

De las características iconográficas y epigráficas de la producción se deriva que, para algunos de los ejemplares, su uso trasciende del estrictamente libatorio y que sirvieron para ser obsequiados en festividades (posiblemente Año Nuevo y *Saturnalia*) o para conmemorar diversos eventos (*ludi circenses* y gladiatorios), siendo en estos casos realizados posiblemente por encargo.

Para Navarra conocemos la existencia de un taller (SEMA 1987), localizado en **El Coscojal (Traibuenas, Navarra)** (fig. 1,4), que se integra dentro de la estructura productiva de la *pars rustica* de una *villa*. Se descubrió fortuitamente al realizar labores de desmonte, quedando destruido por las mismas. Lo que pudo documentarse arqueológicamente del taller se reduce a cenizas, sillares calcinados, fragmentos de adobe, ladrillos y montones de cerámicas. Pero se sabe, a través de los datos facilitados por su descubridor, que se trataba de un pequeño horno (al parecer no alcanzaba el metro y medio de diámetro). No sabemos nada del obrador ni tampoco si pudo haber más hornos.

Fabricó abundantes cerámicas que se pueden agrupar en tres familias: comunes (clasificadas en doce formas: cuencos pequeños y grandes, ollas –una de ellas biansada- y ollitas, una gran jarra, un olpe y una tapadera), engobadas (con ocho tipos, que incluyen cuencos, vasos altos y globulares, una jarra, una pequeña orza y una fuente) y «paredes finas».

Éstas últimas, se clasificaron morfológicamente dentro de once tipos (MÍNGUEZ 2005 fig. 17), algunos de ellos recogidos por MAYET (1975) y otros relacionables con el repertorio formal habitual en este área de la Península (UNZU 1979). Por nuestra parte, consideramos que de esos once tipos cabría revisar en siete casos (formas 4, 5, 6, 8, 9, 10 y 11) su inclusión dentro del repertorio de las paredes finas y en otra ocasión (forma 3), dudar seriamente de su atribución tipológica. Los tipos 4, 5, 6 y 8 son cuencos, que morfológicamente remiten mejor a prototipos de cerámica común que a tazas de paredes finas. Pero, en particular, los números 5 y 8 son dos grandes cuencos de 18 y 20 centíme-

tros de diámetro, respectivamente. Ese tamaño permite asimilarlos funcionalmente mejor a formas destinadas a servir alimentos en la mesa que a beber, aun sin negar que todo cuenco –evidentemente- puede servir para los dos cometidos. La forma 9 es una jarrita, para servir o utilizable como biberón, con un pitorro que nace de la inflexión de la panza. La número 10 es en realidad una botellita y la número 11 es una pequeña jarra para beber. En resumen: cabe asumir, aún con algunas reticencias, dentro de las paredes finas a los cuencos de formas 4, 5, 6 y 8, así como –veánse las dudas expresadas al hablar de las «jarritas» para beber del taller de Tarazona – la forma 11, pero no a los grandes cuencos de los tipos 5 y 8, ni a la forma 9 (que no puede reconstruirse, por lo que no sabemos su función exacta), ni a la número 10. Todas ellas pertenecen, sin que se planteen problemas a ese respecto, a la familia de las cerámicas engobadas, típicas del periodo altoimperial en el valle medio del Ebro, por lo que creo que sería mejor unirlas a los otros ejemplares de ese grupo definidos en el alfar y extraerlas del cuadro tipológico de las paredes finas.

La forma número 3, un vaso del que se conoce solo el borde y la zona de la pared inmediata a éste, en el estudio del alfar se asimila a la Mayet 14. Pero, dado lo escaso del elemento conservado, opinamos que es difícil atribuirlo a un tipo concreto. Creo que sería mejor considerarlo simplemente como una forma indeterminada de posible cubilete.

Las formas 1 y 2 (Unzu 3) hay que vincularlas con la tradición indígena del ámbito celtibérico y la forma 7 con la Mayet 33A.

La cronología de la producción de paredes finas y de cerámicas comunes se sitúa «mayoritariamente» en del siglo I d. C, mientras que a las engobadas se les otorga un márco más amplio (siglos I–III d.C). Parece que nos hallamos ante un taller imbricado dentro del entramado productivo de una *villa* rural, que en un periodo de su explotación (la villa se data entre los siglos I y IV de la Era) elaboró cerámica destinada a un mercado regional de difusión restringida. Convendría aquilatar la cronología de actividad del alfar, que creemos que en su conjunto habría que situar en el siglo I d.C. y más concretamente: desde alrededor de su mitad hasta finales de la centuria, sin descartar que se prolongase algunos años del siglo II d.C. Ese sería el marco en el que podríamos situar a las paredes finas, pero creo que también al resto de las cerámicas, desechando que perviviesen hasta el siglo III las producciones de engobada.

En **Zaragoza** (fig. 1,5), la antigua colonia *Caesaraugusta*, capital del *Conventus Iuridicus Caesaraugustanus* y verdadera metrópoli del valle medio del Ebro para la época romana, se encontraron evidencias de producción cerámica romana que fueron publicadas en 1999 (AGUAROD ET AL. 1999). Se trata del depósito de un alfar, que se había localizado en un solar en la calle de Predicadores de esta ciudad. Afortunadamente, en esta ocasión pudieron realizarse excavaciones arqueológicas. Se trataba de un relleno formado por sucesivas capas de vertidos arrojados en una oquedad preexistente en las gravas naturales del terreno de esa zona, extramuros de la antigua *Caesaraugusta* y muy próxima al curso del río. En ese depósito se alternaban capas de materiales de desecho del taller con otras constituidas por basuras

de naturaleza variada, por lo que parece que no se trataba de un vertedero exclusivo del alfar, sino de una zona que se utilizaba como basurero urbano probablemente para rellenar fallos del terreno, quizá ocasionados por crecidas del río. En cualquier caso no hay por qué suponer una ubicación muy alejada del taller propiamente dicho.

Junto a cerámicas con fallos de cocción también se encontraron elementos de instrumental de trabajo alfarero y restos de adobes (pertenecientes a uno o varios hornos).

El taller elaboró cerámicas comunes oxidantes, sin cubierta, engobadas y paredes finas. «Se trata de un alfar especializado en fabricar servicios de mesa, almacén y procesos culinarios en frío, que en su utilización no se expondrían al fuego, por lo que las pastas no tendrían que estar preparadas para soportar el choque térmico.

Ante el examen macroscópico las pastas utilizadas presentan colores claros y dos grados de depuración diferente. La mayoría de las producciones oxidantes sin cubierta y algún ejemplar engobado muestran en la pasta inclusiones aisladas de tamaño mediano-grande, de color blanco, otras blanquecinas y láminas brillantes de mica; mientras la casi totalidad de las cerámicas con cubierta de engobe y algunas producciones oxidantes sin cubierta poseen una pasta muy depurada con presencia de pequeños fragmentos de inclusiones apenas visibles. Los engobes presentan en su mayoría, tonalidades rojizas, marrones y otras que abarcan la gama de los grises hasta el negro» (AGUAROD ET AL. 1999, 79).

Se trata de pastas ligeramente calcáreas (análisis realizados mediante Espectrometría de Emisión Atómica con plasma de acoplamiento inductivo IPC). Los análisis petrográficos confirman la procedencia de las arcillas del entorno de la actual Zaragoza; se trata de pastas ricas en inclusiones graníticas que concuerdan bien con los sedimentos cuaternarios del área de confluencia entre los ríos Ebro y Gállego. Respecto a la tecnología de fabricación, a través de los cambios mineralógicos sufridos por la cerámica como consecuencia del proceso de cocción podemos estimar la temperatura de cocción, que cabe situar entre los 800 y 850° C, sin llegar a superar los 900°.

Volviendo a las producciones, hay que tener en cuenta que el alfar elabora esencialmente cerámicas comunes sin cubierta con: mayoritariamente diversas formas de jarras con una o dos asas, botellas con un asa y una gran variedad de cuencos de tamaño pequeño; en menor medida lebrillos, grandes cuencos con asas horizontales aplicadas, diversas formas de tapaderas y pequeñas ollas. Dentro de las engobadas encontramos jarras de gran tamaño, en ocasiones con pico vertedor, a veces decoradas con falos aplicados – de finalidad apotropaica – y en otros casos con ornamentaciones pintadas en blanco a base puntos gruesos y semicírculos concéntricos, que entroncan con las tradiciones indígenas, ibérica y celtibérica. También hay jarras engobadas de tamaño mediano y pequeño, en estos casos sin decoración.

La producción de paredes finas del alfar queda reducida a un tipo de vasito alto (AGUAROD ET AL. 1999 fig. 2,22–23), de perfil globular y labio vuelto. Todos los ejemplares van revestidos con engobes, preferentemente de tono rojizo. Siempre se decoran, ya sea con lúnulas a la barbotina o

mediante impresiones a la ruedecilla. Cabe citar también la presencia de dos formas de jarritas lisas (AGUAROD ET AL. 1999 fig. 2,15,17), sobre las que – de nuevo – nos cabe la duda de si incluirlas o no dentro de la familia de las paredes finas.

Su cronología se sitúa entre finales del siglo I de la Era y comienzos del II. Esta cronología, ya avanzada por lo que al mundo de las paredes finas peninsulares respecta, explica que morfológicamente la representación de ese grupo quede muy reducida en el alfar cesaraugustano.

### Otras posibles producciones

En el valle medio del Ebro (MÍNGUEZ 2005 fig. 22), al estudiar conjuntos amplios de materiales como es el caso de *Celsa* (Velilla de Ebro, Zaragoza) (MÍNGUEZ 1991–1992; ID. 1998, 349–350), se constata la presencia de algunos grupos de pastas cerámicas que parecen corresponder con producciones de la zona, que tuvieron su máxima difusión en el segmento central del valle medio del Ebro, según se comprueba comparándolas con los materiales aportados por otros yacimientos.

Ello permite proponer, en primer lugar, que en algún taller de la zona, por el momento no localizado, se fabricaron vasos de las formas Mayet 18, 19, 21, 35, 36 (especialmente con decoración de baquetones rugosos a la barbotina e impregnación arenosa; este tipo de decoración no se constata curiosamente en la vecina Cataluña y si que es retomado por talleres tan alejados de esta zona como es el de Melgar de Tera, Zamora), 37, 38B, 45 y forma *Celsa* 2 (con decoración a la barbotina).

También a esta área geográfica pueden atribuirse (MÍNGUEZ 2005 fig. 22) la forma *Celsa* 1, los vasos de la forma *Celsa* 2 con decoración de grandes ondas a peine, la forma *Celsa* 5 y la forma *Celsa* 3. Ésta última, cuenco de perfil globular con borde vuelto y labio bifido decorado en la pared mediante ondas ejecutadas a peine, parece en efecto una producción de la zona. Aunque también se detecta en Cataluña (forma López-Mayet 54), a los ejemplares de procedencia catalana cabe añadir un único paralelo extrapeninsular – tanto en forma como en decoración – en Narbona, donde se ha encontrado en contexto augusteo y por cierto se la clasifica dentro de la «cerámica céltica» de la zona (SANCHEZ 2001 fig. 8,1). Todo ello puede ser indicio, para este tipo, de una fabricación en distintos talleres.

Otros vasos (MÍNGUEZ 2005 fig. 22) cuyas pastas recuerdan a la cerámica común (forma *Celsa* 4), remiten a manufacturas locales de escasa difusión.

A este mismo grupo de producciones del valle medio del Ebro también puede asimilarse la fabricación de la forma Mayet 34 conocida como «cascara de huevo», ampliamente representada sobre todo en el segmento central de esta área geográfica (tramo *Celsa-Caesaraugusta*).

También a la zona aragonesa del valle cabe atribuir dos formas (MÍNGUEZ 2003 fig. 14,1–3) detectadas en el yacimiento íberorromano de El Palao (Alcañiz, Teruel) (MÍNGUEZ 2003), la primera de ellas (forma Palao 1) presenta unas características técnicas que permite asociarla a alguno

de los grupos de pastas detectados en *Celsa* (al que fabricó la forma *Celsa 1* por ejemplo), por lo cual cabe proponer que sea fruto de un taller regional de difusión restringida. La forma *Palao 2*, cuenta con unas características de acabado y pasta que permiten vincularla quizá con las producciones grises de cerámica ibérica, sin que podamos precisar más.

De gran calidad, por la laboriosidad y minuciosidad con la que está hecha su decoración incisa, son unos vasos que morfológica y decorativamente imitan cestillos (MÍNGUEZ 2005 fig. 22), se encuentran en *Graccurreis* (Alfaro, La Rioja) (MÍNGUEZ 2004, 118 nota 46), en *Arcobriga* (Monreal de Ariza, Zaragoza) (SÁNCHEZ 1992, 147–148) y en *Bilbilis* (MÍNGUEZ 2004, 118), cuentan con escasos paralelos decorativos (recogidos en MÍNGUEZ, 2004, 116; a los que se puede sumar una jarra de cerámica común procedente de Ostia (PAVOLINI 2001, 218). Respecto a su área de procedencia, reiteramos lo ya expresado al estudiar los ejemplares de *Bilbilis*: «Aun en ausencia de los oportunos análisis químicos, el tipo de arcilla con el que han sido fabricados puede ponerse en relación con la del ejemplar decorado con barbotina blanca, lo cual también hace pensar en un posible origen riojano para esta producción» (MÍNGUEZ 2004, 118).

En **Quilinta (Viana, Navarra) (fig. 1,6)** se han encontrado un buen número de fragmentos que corresponden a diversos vasos de la producción de *Verdullus* (con temas vegetales, ordeño de cabra, circense, erótico, etc.). Y, lo que es mucho más importante, dos fragmentos de moldes para fabricar paredes finas con esa técnica ornamental (GIL 1995; CINCA/VELAZA 2007), el segundo de los cuales presenta el negativo de la firma G(aius) Val(erius) Verdul[lus]. Ya sobre la base de la aparición del primer fragmento de molde E. Gil (entre otras publicaciones, pueden verse: GIL 1995; ID. 1997) propuso que se ubicase aquí un taller de fabricación, hecho que parece irse confirmando con el hallazgo del segundo molde. El contexto en el que han aparecido estos restos remite a la parte productiva de una *villa*. En principio resulta raro que Verdullo hiciese cocer sus vasos en dos talleres diferentes, pero realmente nada impide que aquí también se produjesen, bien porque se ubicase otro taller del mismo propietario del taller de La Maja, o porque hubiese una sucesión cronológica entre la producción de Quilinta y la de La Maja, o incluso podría darse el caso de que nos encontrásemos ante un taller independiente que adquiriese los moldes. Nada puede decirse todavía con certeza.

## Bibliografía

- AGUAROD 1984a M<sup>o</sup>C. AGUAROD, Avance al estudio de un posible alfar romano en Tarazona: II. Las cerámicas engobadas, no decoradas. *Turiaso* 5, 1984, 27–106.
- AGUAROD 1984b M<sup>o</sup>C. AGUAROD, Producciones engobadas en el municipium calagurritano. Calahorra. Bimilenario de su fundación (Madrid 1984) 143–160.
- AGUAROD/AMARÉ 1987 M<sup>o</sup>C. AGUAROD/M<sup>o</sup>T. AMARÉ, Un alfar romano de cerámica engobada, común y lucernas en Tarazona (Zaragoza). XVIII Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza 1987) 841–861.
- AGUAROD/MÍNGUEZ 1998 M<sup>o</sup>C. AGUAROD/J. A. MÍNGUEZ, La cerámica engobada, en VV.AA.: Colonia Victrix Iulia Lepida-Celsa (Velilla de Ebro, Zaragoza) III, 1. El instrumentum domesticum de la «Casa de los Delfines» (Zaragoza 1998) 447–475.
- AGUAROD ET AL. 1999 M<sup>o</sup>C. AGUAROD/M<sup>o</sup>P. LAPUENTE/J. A. MÍNGUEZ/J. PÉREZ, Primeros resultados del estudio arqueométrico de un alfar de época romana en Zaragoza. I Congreso Nacional de Arqueometría, Caesaraugusta 73 (Zaragoza 1999) 77–87.
- AMARÉ 1984 M<sup>o</sup>T. AMARÉ, Avance al estudio de un posible alfar romano en Tarazona: III. La cerámica engobada decorada. *Turiaso* 5, 1984, 109–139.
- AMARÉ/AGUAROD 1987 M<sup>o</sup>T. AMARÉ/M<sup>o</sup>C. AGUAROD, Pervivencia de tradiciones cerámicas celtibéricas en época imperial romana. I Symposium sobre los Celtíberos (Zaragoza 1987) 97–104.
- AMARÉ ET AL. 1983 M<sup>o</sup>T. AMARÉ/J. L. BONA/J. J. BORQUE, Avance al estudio de un posible alfar romano en Tarazona: I. Las lucernas. *Turiaso* 4, 1983, 94–110.
- ARANEGUI 2004 C. ARANEGUI, Los calices saguntinos, en: Sagunto. Oppidum, emporio y municipio romano (Barcelona 2004) 216–221.
- ATRIÁN 1967 P. ATRIÁN, Restos de una alfarería de cerámica romana en Rubielos de Mora (Teruel). *Teruel* 38, 1967, 195–297.
- ATRIÁN ET AL. 1980 P. ATRIÁN/C. ESCRICHE/J. VICENTE/A. I. HERCE, Carta arqueológica de España: Teruel (Teruel 1980).
- BELTRÁN 1984 M. BELTRÁN, Ludus calagurritanus: relaciones entre el Municipium Calagurris Iulia y la Colonia Victrix Iulia Celsa. Calahorra. Bimilenario de su fundación (Madrid 1984) 129–138.
- CINCA/VELAZA 2007 J. L. CINCA/J. VELAZA, Nota sobre un fragmento de molde atribuible al alfarero Gayo Valerio Verdulo. *Kalokorikos* 12, 2007, 251–256.
- GIL 1995 E. GIL, Las cerámicas de Aco en la Península Ibérica: un nuevo centro productor de cerámicas de paredes finas «tipo Aco» en el valle del Ebro. XXI Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza 1995) 155–165.

- GIL 1997 E. GIL, Las producciones de G. Val. Verdullus y las relaciones entre Calahorra (La Rioja) y Viana (Navarra) en época romana. *Kalakorikos* 2, 1997, 23–42.
- HAYES 1972 J. W. HAYES, *Late Roman Pottery* (London 1972).
- LUEZAS 1995 R. A. LUEZAS, Producciones cerámicas de paredes finas y engobadas del alfar romano de «La Maja» (Calahorra, La Rioja): Hornos I y II. *Berceo* 128, 1995, 159–200.
- MAYET 1975 F. MAYET, *Les céramiques à parois fines dans la Péninsule Ibérique* (Paris 1975).
- MÍNGUEZ 1988 J. A. MÍNGUEZ, La cerámica romana de «paredes finas» en el valle medio del Ebro: La colonia Lepida/Celsa. *Resúmenes de Memorias de Licenciatura Curso 1985–1986* (Zaragoza 1988) 387–393.
- MÍNGUEZ 1989 J. A. MÍNGUEZ, La producción de paredes finas con decoración a molde del ceramista Gaius Valerius Verdullus y su difusión por el Valle del Ebro. *S.F.E.C.A.G. Congrès Lezoux 1989* (Marseille 1989) 181–189.
- MÍNGUEZ 1990a J. A. MÍNGUEZ, La cerámica de paredes finas en la Insula de las Ánforas de la colonia Lepida/Celsa. *Estado Actual de la Arqueología en Aragón* (Zaragoza 1990) 223–248.
- MÍNGUEZ 1990b J. A. MÍNGUEZ, La cerámica de paredes finas en Jaca (Huesca): Excavaciones en el solar de las Escuelas Pías. *La romanització del Pirineu. 8º Col·loqui Internacional d' Arqueologia de Puigcerdà* (Puigcerdà 1990) 97–104.
- MÍNGUEZ 1991 J. A. MÍNGUEZ, *La cerámica de paredes finas: Generalidades* (Zaragoza 1991).
- MÍNGUEZ 1991–1992 J. A. MÍNGUEZ, La cerámica de paredes finas en la colonia Lepida/Celsa (Velilla de Ebro, Zaragoza). Su relación con el territorio aragonés. *Zephyrus* 44–45, 1991–1992, 457–470.
- MÍNGUEZ 1995 J. A. MÍNGUEZ, Cerámica engobada romana con decoración de medallones en relieve en Aragón: la forma 81.6587.A. *Bol. Seminario Estud. Arte* 61, 1995, 145–171.
- MÍNGUEZ 1998 J. A. MÍNGUEZ, Paredes finas. En: VV. AA.: *Colonia Victrix Iulia Lepida-Celsa* (Velilla de Ebro, Zaragoza). III,1. *El instrumentum domesticum de la «Casa de los Delfines»* (Zaragoza 1998) 322–383.
- MÍNGUEZ 2003 J. A. MÍNGUEZ, La cerámica de paredes finas. En: F. Marco (coord.), *El poblado íbero-romano de El Palao* (Alcañiz): La cisterna. *Al-Qannis* 10 (Alcañiz 2003) 103–125.
- MÍNGUEZ 2004 J. A. MÍNGUEZ, Tipos y producciones en las cerámicas de paredes finas procedentes del municipium Augusta Bilbilis (Huérmeda-Calatayud, Zaragoza). *Bol. Seminario Estud. Arte* 68, 2004, 105–130.
- MÍNGUEZ 2005 J. A. MÍNGUEZ, La cerámica de paredes finas. En: M. Roca/ M<sup>a</sup> I. Fernández (coords.), *Introducción al estudio de la cerámica romana* (Málaga 2005) 317–404.
- MÍNGUEZ 2008 J. A. MÍNGUEZ, Gaius Valerius Verdullus y la fabricación de paredes finas con decoración a molde en el valle medio del Ebro. Veinte años después. *S.F.E.C.A.G. Congrès Empúries* (L' Escala, Espagne) 2008 (Marseille 2008) 181–194.
- MÍNGUEZ/ÁLVAREZ 1989 J. A. MÍNGUEZ P. ÁLVAREZ, Las cerámicas de paredes finas procedentes del yacimiento de Partelapeña (El Redal, La Rioja). *Berceo*, 116–117, 1989, 49–63.
- PAVOLINI 2001 C. PAVOLINI, La publication de la céramique commune d' Ostia: synthèse de résultats. En: J. P. Descoedres (dir.), *Ostia port et porte de la Rome antique* (Ginebra 2001) 212–220.
- PEÑIL ET AL. 1985–1986 J. PEÑIL/C. LAMALFA/C. FERNÁNDEZ, Las cerámicas de paredes finas del alfar de Rubielos de Mora (Teruel). *Kalathos* 5–6, 1985–1986, 189–197.
- Sanchez 2001 C. Sanchez, L' apport des fouilles récentes à la connaissance des présigillées de Narbonne. *RCRF Acta*, 37, 2001, 203–209.
- SANCHEZ 1992 M<sup>a</sup> A. SÁNCHEZ, Cerámica de paredes finas. En: VV. AA.: *Arcóbriga II. Las cerámicas romanas* (Zaragoza 1992) 141–150.
- SESMA 1987 J. SESMA, Un alfar de cerámica común y pigmentada en El Coscojal (Traibuenas, Navarra). *Jornades Internacionals d' Arqueologia Romana. De les estructures indígenes a l' organització provincial romana de la Hispania Citerior. Homenatge a Josep Estrada i Garriga* (Granollers 1987 preactas) 447–454.
- UNZU 1979 M. UNZU, Cerámica pigmentada romana en Navarra. *Trabajos Arqu. Navarra* 1, 1979, 251–282.
- VELAZA 1998 J. VELAZA, Calagorri: cuestiones en torno al nombre antiguo de Calahorra. *Kalakorikos* 3, 1998, 9–17.